

ÓSCAR NAVAS

# 17

*DÍAS*  
DE LLUVIA



«He vivido inmerso en destrucción.  
He sido el dragón que lo ha arrasado todo.  
Herido un millar de veces y revivido otras tantas.  
La muerte no me asusta, la conozco de cerca.  
Me inquieta lo que venga después...»



Título: Diecisiete días de lluvia

Ilustraciones © Mónica Torralba, 2022

[https://www.instagram.com/moni\\_torralba](https://www.instagram.com/moni_torralba)

Corrección ortotipográfica y de estilo: Sara Matamoros H.

© Óscar Navas, 2022

<http://www.oscarnavas.com>



Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional. Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es> o envíe una carta a Creative Commons, PO Box 1866, Mountain View, CA 94042, USA.

Hola,

Esta es la lectura que te propongo este año para el #AllHallowsRead

¿Cómo? ¿Que no sabes en qué consiste el All Hallow's Read?

El [All Hallow's Read](#) es una celebración de Halloween creada por uno de mis escritores favoritos, [Neil Gaiman](#). Consiste simplemente en que, durante la semana de Halloween o en la propia noche, le ofrezcas a alguien una lectura de terror. Él mismo te lo cuenta en este [vídeo](#).

Desde el 2019 he colaborado en esta tradición de hacer accesible una historia de miedo. Si quieres encontrar las anteriores, puedes buscarlas en [Lektu](#), junto a muchas otras.

Y si te ha gustado esta, te agradecería que me lo comentaras en las redes sociales, [los comentarios de Lektu](#) o en [la ficha de GoodReads de este relato](#).

Muchas gracias y espero que disfrutes con la lectura...



Me pidió que le ayudara a morir. Que fuera su *kaishakunin*<sup>1</sup>. El maestro Yoshio vino aquella mañana al mercado donde yo trabajaba y me clavó una mirada esperanzadora mientras pronunciaba aquellas palabras. Tuve que aceptar, aunque no era más que un muchacho y no había tenido nunca un arma en mis manos. Mis padres habían muerto durante las Guerras Genpei, siendo mi hermana y yo solo unos niños. Desde el día en que faltaron, Yoshio se había convertido en nuestro protector. Había sido la tierra sobre la que empezaba a enraizar nuestra nueva vida. Estábamos en deuda con él.

—¿Por qué? —La sola idea de que el maestro quisiera morir me provocaba vértigo.

—Haku, no intentes comprender mis razones —respondió con voz calmada.

—Pero, ¿qué será de nosotros? ¿¡Qué será de Kaori!?  
¿¡De mí!?

—No puedo acompañarte siempre. Deberás emprender tu propio camino.

---

<sup>1</sup> *Kaishakunin*: es la persona encargada de hacer de *segundo* durante el *seppuku*. Su deber es la decapitación del suicida durante su agonía. [\[enlace\]](#)

Yoshio había sido un guerrero sabio. Al finalizar las contiendas, había dedicado sus días a la contemplación, intentando olvidar toda la sangre que había derramado como demonio exterminador del Emperador. Las crónicas contaban que él solo había sido capaz de acabar con un destacamento completo de los Taira cerca de Kobe. Los que le habían visto en combate le evocaban con la furia de un dragón y una mirada de fuego, y se sorprendían de que aquel que había sembrado el terror entre las tropas enemigas hubiera abandonado la *katana*<sup>2</sup> y se hubiera armado de un bastón de roble y palabras prudentes. La gente del pueblo le tenía como una persona respetable y todos acudían a él en busca de consejo.

El anuncio de sus deseos corrió en las calles como agua de río. Heló el aliento de los que se quedaron sin palabras al oírlo y prendió de asombro los ánimos de aquellos que se reunían en las plazas y las tabernas.

—¿El maestro Yoshio quiere hacerse el *harakiri*<sup>3</sup>? —se preguntaban algunos, incrédulos ante la noticia.

---

<sup>2</sup> *Katana*: es un sable curvado de filo único y punta aguzada tradicionalmente utilizado por los samurái. Su tamaño ronda el metro de longitud y pesa alrededor de un kilo. [\[enlace\]](#)

<sup>3</sup> *Harakiri* o *seppuku*: es el ritual de suicidio japonés por desentrañamiento. [\[enlace\]](#)

—¿Qué puede llevarle a eso? —debatían otros, incapaces de obtener una respuesta.

Aquella noche no pude dormir. En mi mente solo aparecían imágenes de cómo serían nuestras vidas sin el maestro, y de cómo iba a recibir la noticia Kaori cuando volviera del viaje que había emprendido hacía unos días en la carreta de unos mercaderes del pueblo para comprar algunas sedas en Kioto. Esa noche una llovizna empezó a caer sobre la villa.

La lluvia no cesó a la mañana siguiente, cubriendo el cielo de una fina cortina de agua. Aquel inoportuno chaparrón hacía imposible que se celebrara la ceremonia, ya que debía realizarse al aire libre y en presencia de unos testigos que bastante tenían con tener que contemplar la muerte de un hombre noble como para, además, acabar empapados por el aguacero.

Fui en busca del maestro para saber qué instrucciones debía seguir en esas circunstancias. Yoshio ya aguardaba en un pequeño reservado del patio de la casa. Parecía que llevaba mucho tiempo despierto.

—Hoy no podré partir —me dijo con un tono que denotaba cierta frustración.

Yoshio se acercó al límite que cubría el tejado y dejó que las pequeñas gotas mojaran su cara. Inspiró con fuerza el aire.

—Echaré de menos el beso de la lluvia en verano, el suave rumor de la tierra mojada al ser pisada y la bendición del sol después de la tormenta. —Y tras un silencio, se dirigió a mí—. Dispón todo lo necesario para el *seppuku*<sup>4</sup>. Quizás mañana pueda irme.

Yoshio se retiró y estuvo encerrado en su habitación el resto del día, manteniendo ayuno. Yo consulté a la vieja Masako, que había asistido a alguna de esas ceremonias anteriormente, acerca de lo que debía preparar. Lavé las bandejas y el servicio de *sake*<sup>5</sup>, compré un *kimono*<sup>6</sup> blanco para el maestro y conseguí un cesto para los restos. Caí rendido bien entrada la noche y soñé con mi hermana vestida con un *kimono* de nubes. Corría en medio de un bosque y, de repente, tropezaba y caía al suelo. Se quedaba inmóvil, mirando el rasguño que se había hecho en el vestido, y empezaba a llorar desconsoladamente por el estropicio. Kaori era una chiquilla que destilaba pura dulzura, y verla llorar, aun en sueños, me rompía el corazón...

---

<sup>4</sup> *Seppuku* o *harakiri*: es el ritual de suicidio japonés por desentrañamiento. [\[enlace\]](#)

<sup>5</sup> *Sake*: bebida alcohólica preparada de una fermentación hecha a partir del arroz. [\[enlace\]](#)

<sup>6</sup> *Kimono*: prenda tradicional japonesa y el vestido nacional de Japón. [\[enlace\]](#)

Al día siguiente, la lluvia siguió cayendo sin descanso.

—Si hay algo de lo que me arrepiento es de haberte hecho partícipe de mi decisión y no poder enmendar luego el daño que te ocasionaré —me dijo el maestro—. Pero entiende que así debe ser. No pondría mi vida en manos de otro que no fueras tú.

Engullí mis temores y le hice una reverencia con la cabeza en señal de aprobación. Yoshio se retiró un día más a realizar sus ejercicios de meditación sin cruzar más palabras con nadie. Y la lluvia siguió remojándolo todo...

—¿No teméis a la muerte? —le pregunté la mañana del quinto día de temporal, sentado junto él.

—He vivido inmerso en destrucción. He sido el dragón que lo ha arrasado todo. Herido un millar de veces y revivido otras tantas —respondió dibujando con su bastón en la arena húmeda—. La muerte no me asusta, la conozco de cerca. Me inquieta lo que venga después...

El buen aspecto que siempre había mantenido el maestro se había deteriorado. Daba señales evidentes de cansancio y mala alimentación. Sus ojos mostraban una maraña sanguinolenta en su mirada y las sienes se le empezaban a marcar de forma preocupante. Algunos de los vecinos

cuchicheaban que, si las lluvias seguían, Yoshio conseguiría su propósito sin necesidad de practicar el *seppuku*.

Y la lluvia siguió la mañana siguiente. Y la que vino a continuación.

—Debemos estar preparados. Aún vendrán más días de lluvia, pero como todo en esta vida, llegarán a su fin. Entonces podré acompañar a los grandes guerreros.

Miré con la sorpresa en mis ojos a mi *sensei*<sup>7</sup>. Estábamos en pleno mes de agosto y ya habíamos sufrido un junio muy lluvioso. Días atrás, las cigarras marcaban el rigor del verano con su canto y el calor había sido asfixiante. Parecía extraño que la lluvia fuera tan insistente. Y más aún, que el maestro supiera que todavía no había acabado.

—¿Cómo sabéis que será así? Nadie puede predecir lo que va a pasar.

—Es cierto. No hay mortal en este mundo capaz de hacerlo. Solo si escuchas las voces al otro lado de la muerte... Ellas pueden contarte los misterios de esta vida...

Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—¿Habláis con los muertos, maestro?

---

<sup>7</sup> Sensei: término japonés con el que se designa a un maestro, a un sabio o a una persona docta. [\[enlace\]](#)

Él no respondió. Se limitó a recolocarse el *kataginu*<sup>8</sup>.

—Recoge la *katana* y el *tantō*<sup>9</sup> de mi habitación y llévalos a afilar. Necesito que me ayuden a irme con un suspiro suave.

Obedecí al *sensei*. Su habitación mantenía una sencillez y un orden impecables. Sus ropas estaban en un rincón, bien dobladas. Junto a ellas, una mesita con una cantimplora de cerámica y una vela que permanecía encendida. Al otro lado de la habitación, estaban las espadas, colocadas en su *katanakake*<sup>10</sup>. Las envolví en un trozo de tela para llevarlas al herrero más tarde. Justo al salir vi, a la entrada del *tatami*<sup>11</sup>, una flor de iris blanca en el suelo. Supuse que el maestro la habría cogido durante alguno de sus paseos. Por un instante Kaori acudió a mi mente, pues aquella era su flor preferida. En muchas ocasiones las habíamos recogido junto a nuestro benefactor. Era un

---

<sup>8</sup> *Kataginu*: es una chaqueta sin mangas con hombros exagerados, reforzados con papel. [\[enlace\]](#)

<sup>9</sup> *Tantō*: es un arma corta de filo similar a un puñal de uno o de doble filo con una longitud de hoja entre 15 y 30 cm. [\[enlace\]](#)

<sup>10</sup> *Katanakake*: soporte donde los samuráis y los guerreros guardaban sus espadas. [\[enlace\]](#)

<sup>11</sup> *Tatami*: estera que se usaba para recubrir todo el suelo en las habitaciones más destacadas. [\[enlace\]](#)

infierno no poder compartir con ella el miedo que me asaltaba cuando pensaba en lo que debía acometer.

Pasaron tres días más con una lluvia que parecía que no iba a tener fin. Los caminos se habían convertido en un auténtico lodazal que impedía el avance de los carros. Muchos tenderos habían dejado de acudir al mercado, contrariados porque el aguacero estaba minando su clientela. Yo ya me había acostumbrado al murmullo de las gotas cayendo sobre los tejados o el rumor de los riachuelos recorriendo los canales. En cierta forma, lo único que deseaba ya era que todo terminara y que pudiera acabar la tortura que suponía tener que dar muerte a quien nos había dado cobijo.

Cuando cayó la noche, unos gritos atravesaron el estruendo de la tormenta en la que se había convertido aquella lluvia eterna. Me incorporé y me mantuve un instante quieto, intentando descubrir de dónde procedían. Aun con los truenos resonando con fuerza, pude distinguir la voz desesperada del maestro pidiendo auxilio. Corrí hacia su cuarto con el estallido del fin del mundo sobre mi cabeza. Abrí la puerta y encontré a Yoshio en un rincón, temblando como un niño y con la mirada del que había visto a su salvador después de haber contemplado a la mismísima muerte.

—¡Llévatela de aquí! ¡Llévatela! —gritaba una y otra vez.

Eché un vistazo rápido a su habitación, pero allí no había nada. Pensé que los relámpagos de la tormenta le habrían jugado una mala pasada e intenté tranquilizarle.

—Maestro, no hay nadie. Solo nosotros y esta lluvia. No tiene nada que temer.

Yoshio intentó recuperar el aliento mientras continuaba con su mano en el pecho y los ojos desorbitados.

—No he temido nunca a nada ni a nadie —dijo con la respiración entrecortada por el pánico—. Y, sin embargo, ahora que pretendo dejar esta vida, estoy descubriendo mi fragilidad. Soy una hoja que se ondea al viento, prendida de la rama de la que quiere soltarse.

La visión del gran guerrero arrinconado como un ratón asustado me dejó turbado. Le propuse hacer guardia en la entrada para comprobar que nadie acudiera a su habitación a importunarle. Él aceptó aliviado e intentó conciliar el sueño de nuevo.

Me senté en el escalón que conducía a su habitación, resguardado por el tejadillo de la casa. Los relámpagos dibujaban figuras horripilantes en la oscuridad. Pero en una

sucesión de destellos que iluminó el cielo unos segundos más de lo normal, reconocí algo sobre uno de los peldaños. Me acerqué con la sensación de que el frío de la lluvia no era lo único que me estaba calando hasta los huesos. Y recogí una flor de iris blanca olvidada. Por un momento, pensé que sería aquella que había encontrado en la habitación del maestro días atrás, pero ésta parecía recién cortada. Me volví a sentar en el escalón con la flor entre las manos. Y la mantuve en mis pensamientos durante toda la noche, hasta que la luz del amanecer aclaró el cielo encapotado.

El maestro se sentó junto a mí y puso su mano sobre mi hombro.

—Siento el incidente de anoche. Un hombre se define por sus acciones, no por los recuerdos que deja. Yo espero que ni mis actos más recientes ni el recuerdo que dejaré con ellos empañe lo que soy para ti.

No pude impedir que las lágrimas brotaran de mis ojos.

—Maestro, habéis sido un padre para nosotros. No puedo entender que queráis dejarnos así. Pero debéis saber que vuestro recuerdo perdurará para siempre en nuestros corazones. Nada podrá enturbiarlo.

Me eché entre sus brazos y él me acogió con el alma abierta de par en par. Solo quería sentir a Yoshio mientras pudiera. Únicamente, notar su calor.

La pesadilla de aquella lluvia sin fin siguió cinco días más. Días en los que el pueblo dirigió sus plegarias a los dioses para que mediaran y detuvieran aquel diluvio que a veces era un goteo incesante y otras se convertía en una temible tormenta. Pocos eran ya los que se atrevían a salir de sus casas para correr por aquellas calles enfangadas. El pueblo se había convertido en una villa fantasmagórica que conservaba poca de la alegría que se había respirado en sus calles tiempo atrás y que tanto se valoraba tras la guerra.

El maestro Yoshio, por su parte, era un espejismo de lo que fue. El gran tigre era ahora un hombre casi esquelético de piel blanquecina y aspecto vidrioso. Había perdido mucho peso y la falta de luz del sol le había dejado una piel pálida que dejaba entrever las venas azuladas de su cuerpo. Por más que insistí en que debía comer algo, pues no sabíamos cuántos días nos seguiría acompañando la lluvia, él mantuvo su determinación.

—Debo mantenerme puro en mis últimos días. Todo acabará pronto y mis huesos podrán descansar en paz.

Aunque el maestro repetía que su fin estaba cerca, yo era incapaz de acostumbrarme a esas palabras. El miedo se apoderaba de mí cuando pensaba en si sería capaz de ayudarlo a morir. ¿Y si mis manos perdían las fuerzas al tomar su espada? La sola idea de que se despidiera con el sufrimiento impregnando su rostro me martirizaba. No lo merecía. Y entonces volvía a mis pensamientos Kaori. Cuánto iba a dolerle la noticia al regreso de su viaje... Cuánto la echaba de menos...

Transcurrieron dos días más en que la lluvia se cebó especialmente con el pueblo. Los que llegaban de paso comentaban que no habían visto una tormenta semejante en mucho tiempo y que parecía que el pueblo hubiera caído bajo el influjo de alguna maldición pues, más allá, el sol relucía con el calor propio de agosto.

Por las noches soplaban un viento que enviaba la tromba contra las puertas de la casa, provocando que se formaran charcos en el interior. Con el estruendo del repiqueteo de la lluvia me era imposible dormir, así que me puse a recoger el agua con un paño y un cubo. Y fue cuando estaba intentando secar la entrada principal, que la puerta se abrió precipitadamente. El maestro Yoshio apareció empapado, pero con un rostro de euforia, como poseído por la locura.

—¡Será mañana, muchacho! ¡Al fin ha llegado el día! Prepara todo para que esté listo al amanecer. Yo estaré esperando en el patio.

Y sin darme tiempo a asimilar su visita, el maestro desapareció corriendo la puerta. Solo escuché sus pasos precipitados, huyendo de aquella lluvia torrencial.

Lo cierto fue que, a medida que avanzaba la noche, el vendaval perdió fuerza y se convirtió en soplos de aire dispersos. También la tormenta pasó de ser una tromba de enormes goterones a un aguacero intenso, para transformarse luego en una llovizna ligera que apenas aporreaba el tejado. Y, en los albores del nuevo día, la lluvia cesó. Hasta los pajarillos, que habían estado mudos durante semanas, celebraban la retirada de las nubes con su canto. Un adormilado pueblo se desperezaba finalmente con la luz de un sol que había estado demasiado tiempo oculto.

A pesar de amanecer una mañana algo fría y no haber podido pegar ojo en toda la noche, me dispuse a cumplir con lo comprometido con el maestro. Yoshio ya esperaba en el patio de la casa, vestido de blanco y meditando. Los rayos del sol bañaban un cuerpo que una vez fue el de un hombre fuerte. No quise romper el silencio y fui instalando en el centro del patio

una esterilla de caña sobre la que dispuse una tarima, la mesita del servicio de *sake*, un quemador de incienso y el *katanakake* con las espadas. Los primeros testigos empezaron a llegar poco después, cuando el maestro se situó al lado de sus espadas. Parecía que las fuerzas le fallaban, pues vi temblar sus manos al beber el primer vaso de *sake*. Por un momento, pensé que el miedo le llevaría a acabar con aquel espectáculo en el que la hoja de un cuchillo debía cortar el pellejo de un buen hombre que parecía haber perdido la cordura.

Pero el maestro siguió adelante con la ceremonia. Hizo una reverencia a los testigos y se abrió el *kimono* lentamente. Entonces supe que debía atesorarme del valor de aquel a quien iba a ayudar a morir y me situé detrás de él, con su *katana* desenvainada. El maestro cogió el *tantō* que esperaba frente a él. Yo levanté la espada por encima de mis hombros, preparado para atestar un golpe que se llevara la cabeza del que había sido mi segundo padre. Yoshio observó con detenimiento la hoja que tenía en sus manos y un destello bailó por el filo hasta la punta. Entonces la dejó descansar en el lado izquierdo de su bajo vientre. Apretó el *tantō* contra él, con fuerza. Y gritó...

—¡No! ¡No! ¡Dejadme ir! ¡Dejadme!

Salí de mi trance y aparté la vista de la nuca del maestro. Yoshio tenía su mirada puesta más allá de los testigos, mientras un hilo de sangre empezaba a manchar su *hakama*<sup>12</sup>. Una multitud silenciosa había surgido de un haz de luz; hombres, mujeres y niños que avanzaban hacia la tarima lentamente y que desprendían un fulgor blanquecino. La extraña comitiva impregnó el aire con el olor a incienso de sándalo y cerezo y el sonido de campanillas. Al llegar frente a nosotros se detuvieron y exhibieron una mirada tranquila y una sonrisa relajada. Un gesto que no transmitía miedo, a pesar de lo sorprendente de su aparición.

—¡Marchaos! ¡Marchaos todos! —gritaba el maestro mientras se retorció entre la rabia y el dolor.

Pero aquellos seres no obedecieron. Se mantuvieron en pie, ante el asombro de todos los que estábamos presenciando la escena. Entonces, de aquel portal de luz emergió una figura menuda. Reconocí de inmediato su flequillo revoltoso y dejé caer la *katana* al suelo. La chiquilla avanzó hacia donde

---

<sup>12</sup> *Hakama*: es un pantalón largo con pliegues (cinco por delante y dos por detrás) cuya función principal era proteger las piernas, por lo que originalmente se confeccionaba con telas gruesas y con algún diseño patrón [\[enlace\]](#)

estábamos. Al llegar a la tarima, me sonrió con esa sonrisa que solo Kaori era capaz de mostrar. Yo di un salto para poder abrazarla pero, justo en ese momento, la vieja Masako me cogió del brazo y me indicó con un gesto que mirara el pasillo por el que habían caminado los nuevos asistentes. Ninguno de ellos había dejado huellas embarradas a su paso.

El maestro rompió a llorar y dejó el *tantō* reposando sobre sus piernas. Se llevó las manos ensangrentadas al rostro, conquistado por la desesperación.

—Fui un demonio que lo arrasó todo. Fui esa bestia a la que todos temían. Estas manos dieron muerte a miles de guerreros e inocentes. Y me arrepentí de ello. Pero por mucho que lo intenté, aunque lo vistiera de calma, no pude domesticar al tigre. El monstruo que hay en mí necesitaba saquear, pedía sangre. Y el peor de mis males llegó cuando, sin saberlo, asalté a los mercaderes del pueblo y trunqué la vida de Kaori, mi pequeña nube. Sus diecisiete años cercenados fueron llanto para mi alma... Y se convirtieron en diecisiete días de lluvia que ella misma invocó cada noche al visitarme...

La furia me consumía y hubiera deseado darle muerte yo mismo en ese instante. Pero comprendí que eso solo liberaría a aquel hombre quebradizo de la peor condena. Miré a Kaori, y

ella me sonrió. Con la velocidad del rayo, tomé el *tantō* del maestro.

—Una vez quisisteis permanecer en mis recuerdos para siempre —dije al maestro—. Debo deciros que no lo habéis conseguido. Pero tengo la certeza de que seré yo de quien os acordaréis toda vuestra vida...

Y entonces me rebané la garganta. Y todo se volvió oscuridad...

Desde ese y hasta el fin de sus días, el maestro fue repudiado allí donde le llevó su vagar. Pero, cada noche, dos flores de iris recién cortadas aparecieron a su lado mientras dormía.



